

LAS HUELLAS

Lcda. Marina Carazo Fernández

PROLOGO

Este relato es la historia de la vida de una mujer. De las huellas que le han ido marcando desde la infancia hasta la madurez.

Huellas que son surcos labrados por hambres y hombres.

Huellas que le han ido horadando por el mero hecho de haber nacido mujer en un mundo en el que hasta la fecha, para no ser inevitablemente aplastada, por lo menos hay que haber nacido otra cosa: hombre. Mundo en el que ser pobre y ser mujer, como la protagonista de esta relato, es igual a tener todas las de perder, pues está hecho, a la medida de los ricos y de los hombres o de los hombres y de los ricos.

Huella de una infancia envuelta por la miseria y empapada por la presencia de esos hombres que socialmente sólo son vistos como padre, cura, director de colegio o joven vecino.... pero que ella desde niña los llegó a conocer físicamente de otra manera: como violadores. Violadores que aterrorizan, que usan o abusan de ella misma o de su hermana, en el marco de la familia, del pasillo de una inmundada vivienda o en medio de los nada castos ni puros preparativos de la primera comunión.

Huella de una juventud y de una madurez en la que todo sigue siendo sórdido y cruel: el matrimonio que termina mal; los tiras y aflojas de la separación; los hijos arrancados ...

Huella que va dejando día a día esta sociedad cuyo primer mandamiento es: "ahí te las arregles". Sociedad que le niega el pan y la sal, o mejor dicho, que sólo le concede una clase de pan: la prostitución.

Pero las huellas no han podido matar la esperanza. Quizás son precisamente esas huellas que hicieron posible que Saioa haya escrito este relato, las que han sedimentado también su convicción de que hace falta una sociedad nueva en la que ser mujer no sea sinónimo de "objeto para uso y abuso de los hombres", sino que por el contrario sea solamente sinónimo de ser libre.

Rosa Olivares

(ex parlamentaria vasca)

La luz del amanecer penetró tímidamente entre las rendijas de las persianas, correteando por los muebles, las ropas, los pliegues de las mantas; el cuerpo fue desnudándose de tinieblas, sin oponer resistencia. Con decisión se puso en pie, vistióse apresuradamente, salió... Atrás quedaba la cama revuelta y aún tibia, los cacharros del día anterior sin fregar. La puerta se cerró violentamente y me sobresalté; él no volvió la cabeza... Era una mañana fría. Hombres y mujeres cruzaban la calle apresuradamente. El shirimiri me envolvió. Acurrucándome, cariñosa y coquetonamente, me entregué a su cobijo. Sólo él fue testigo de nuestras confianzas y recorridos en ese duro día.

Nos detuvimos en la calle donde nací, ante el portal del

número dieciocho. Todo seguía igual: casas viejas y grises, portales oscuros, ávidos de una capa de pintura. Hace veinte años que me llevaron de allí; vivíamos en el tercer piso de una casa de cuartos ... Todavía me veo introducir, en una fuente ovalada y profunda, llena de blanco y rico merengue, las fotografías que guardaba en su viejo álbum, la dueña de la casa, ñña. Cecilia o "Cecilia la borracha", como era más conocida. Nunca se quejó ni dijo nada, pero me miraba. ¡Ah!, si me miraba ... Yo lo sabía. Y ella también. Su habitación daba a otra sin ventana, y con una sola cama ... Una cortina oscura —de no sé que color— las separaba, por las noches... Allí vivía doña Isabel y sus dos hijos, de unos veinte años. Un día le oí decir a doña Lucía que el trío mantenía relaciones un tanto extrañas y que eran una vergüenza. Al fondo del pasillo, en las dos habitaciones que estaban al lado de la cocina, vivían el barbero y su madre; en una habitación dormían, y en la otra tenían la barbería. El lío se armó cuando vino de Bélgica la mujer del barbero, porque no tenían donde dormir... Decían que ella trabajaba de prostituta, y luego venía de vacaciones, y que él daba de beber a su madre, a ver si se moría, y así reunirse con su mujer, leche con ginebra por aquí, agua con ron por allá, que si sopita de pan con vino... pero la viejecita estaba cada vez más fuerte. Recuerdo de ella su silencio, y que una vez me introdujo en su habitación con mucho sigilo, después de mucho prometerle que no se lo diría a nadie, y me enseñó un pequeño cofre donde tenía las cenizas y unos huesecitos de su marido... Aún la veo con sus pupilas brillantes por la emoción, reflejando en ellas la llamita de unas velas colocadas encima del tocador, custodiando un retrato muy antiguo...

Nuestra habitación era doble y estaba enfrente de la puerta del piso. También teníamos una ventana que daba a la calle, un canario, bueno, tuvimos varios canarios, porque mi padre, cuando venía bebido y se enfadaba, solía tirar la jaula con el canario, las macetas, la radio: no le gustaba que mamá oyese los seriales, pero como élla cosía para la calle, se aburría... él rompía la ropa de los clientes, la de mi madre, le daba unas palizas enormes des-

pués de forzarla; algunas veces tuvimos que llevarla en ambulancia.

La madre de mi madre, como veía que pasábamos hambre, le regaló una lonja. Al principio pusieron una frutería, luego una charcutería, y, por último, un bar. Desde ese instante todo fue mejor: ¡teníamos dinero! y mi padre ¡todo el alcohol que necesitaba!

Mi madre no tenía tiempo para hacernos la comida, así que nos dejaba cincuenta pesetas encima de la mesa, para dos raciones de alubias con chorizo y morcilla (dos raciones para mi padre, mi hermana de trece años y yo). No nos dejaba más, decía, si no mi padre se lo llevaba. Con el tiempo, mi padre se gastaba también las cincuenta pesetas, así que, algunos días, no comíamos: comenzó la época de rebuscar en los cajones, a veces había algo de pan duro, de modo que, una vez idos los ratones, y retiradas las cucarachas, cogíamos el pan y lo untábamos con aceite y azúcar ¡estaba delicioso!. No me quiero acordar de más, y los recuerdos insisten, no quiero verte llorar, hermanita mía, no quiero escuchar tus gritos ahogados por la mano de papá cuando te forzaba... Después, cuando ya oíamos su respiración profunda, tu salías de la cama y procurabas no mirarme. ¡Menchu! ¡Menchu!, ¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? —calla y duerme— me decías. ¡No digas nada! ¿Me oyes? Nada a nadie!. Y yo no sabía que no debía decir, a mis seis años, pero me imaginaba, lo mismo que cuando el hijo mayor de Isabel me metía a la despensa y me besaba, me apretaba contra él e intentaba introducir su pipí entre mis piernas, y como no entraba me hacía mucho daño, y al final, me manchaba, y me gritaba quedo, estirándome del pelo: ¡Si hablas te mato!...

Ya no pude serenarme, ni el recuerdo de su muerte me reconfortó. ¿Por qué cuidas su tumba en el Día de Todos los Santos? ¡Tú sabes que no hay desprendimientos! No es necesario que pagues al sepulturero para que apisone más la tierra... Aunque resucitara, no podría salir... entre el mármol, las piedras y el cemento... ¡Acuérdate que ya han pasado diecisiete años!

Diecisiete años pueden ser una eternidad... Al colegio lo an modificado hace diez años... me lleno de soledad cuando e veo... con tus pasillos interminables... tus penumbras y tus puertas enormes que nos hacen tan pequeñas tu confesionario... Yo pensaba que las religiosas no tenían apenas cuerpo... pero si tienen!... Me acuerdo del cura que nos preparaba para la comunión, a dos niñas más y a mí... tenía un pipí enorme, y nos decía que lo cogiésemos y se lo besáramos. Era joven y guapo... bueno, eso decían las chicas mayores, cuando hablaban de él ¡todas querían tenerlo de padre espiritual!. Luego se fue, pues Encarni —la pobre era un poco retrasada mental— se puso enferma, y lo llamaba, y decía que quería estar sola con él, para seguir haciendo esas cosas bonitas, y que la besara... Y con él se fueron también las correrías por el pasillo, los cuchicheos y risitas... La Protección de Menores —a la cual pertenecía el colegio— fue llamando una a una, a preguntar... Según le dijo una chica a mi hermana, el Director era muy comprensivo, y si se era amable con él, se podía salir a trabajar fuera, y se tenía más libertad...

Cuando le conocí era un muchacho simpático, le pidió permiso a mi cuñado para salir conmigo; como eran amigos, le dijo que sí. Pasó un año y unos meses y nos casamos. Su madre no vino a la boda, porque decía que hija de gata, ratones mata.

Al principio fue muy bonito, a pesar de que te robaran el dinero en el viaje de novios, de que no tuvieses trabajo, y de que a los quince días de encontrarlo, casi te quedas manco. Yo apenas sabía cocinar, y tú no te enfadaste, sólo me dijiste riendo que la salsa estaba rica, pero los champiñones igual eran de plástico....de lo duros que estaban.

Después, no sé por qué, empezaste a salir con tus amigos. Viniste a las once, luego a las dos; al final, no venías sino a cambiarte de ropa. La monja que me visitaba, decía que los hijos unen a los matrimonios... Tuvimos varios. Embarazada, siempre esperé tus caricias. Como había leído cosas acerca de los antojos, una vez te pedí un pastel. Tú me dijiste que no creías en esas tonterías. Yo no insistí... ¡Cómo laten sus corazoncitos! y cambian de postura, dan pataditas...

Cuando nacen, son tan lindos, tan suaves, se dejan querer... A veces tengo pesadillas horribles: se caen de mis brazos y se aplastan contra el suelo, me metes en un colegio y no me dejas verlos más...

Ahora les quieres quitar tus apellidos a los niños más pequeños, porque no son tuyos... Sí, es cierto que no se hacer nada, que soy un trasto, que sólo me enseñaron a coser y bordar y a tener hijos... pero, ama, ¿cómo voy a dar la tutela de mis hijos, a tí y a mi tía? ... bueno, eso lo aprendí yo sola... por favor, señor abogado, la casa que tenemos, yo he puesto bastante dinero de soltera que se venda, y la mitad a cada uno, después de pagar las deudas... un día más, otro día más, otro periódico más: ¡Sólo me queda de chacha, de vendedora o de puta!... ¿Cómo me dice ahora, señor abogado, que lo pasado pasado es, y si él paga las deudas, la casa es para él?... ¿de chacha? Si logras algo, no te alcanza para nada, no puedes tener a los niños... pero, si la casa vale más, entonces ¿qué le queda a los dos niños más pequeños?... en ventas ¿qué? He vendido pucheros, baterías de cocina, artículos de regalo, planchas, libros, cestas de navidad... ¿Por qué no me comprendes, Menchu, y me llamas irresponsable, y me dices que no pise tu casa porque tu marido no admite personas de mala reputación... ¡La cesta de navidad era una estafa! Los jefes se esfumaron... Amatxu, ¿qué hago? ¿Por qué sigues gritando y me dices que no es tu problema, que tú no te metes en la vida de nadie, y que no quieres, por tanto, que nadie se meta en tu vida?... ¡No vendo nada! No tengo valor para atracar a una señora cuyo marido está en el paro! ... es

tá bien, amatxu Seguiré tu consejo, ¡me largaré lo más lejos!... yo para puta no sirvo ... ¡Babosos reprimidos! Con su risita hipócrita y sus chistes repugnantes!... Será como vosotros que-
ráis: los niños mayores se quedarán contigo; los dos más peque-
ñitos, los criarás tú, ama... de puticlub en puticlub, mientras sus
mujeres esperan.

La noche nos envolverá con sus sombras, volveremos sobre
nuestros pasos; y nuevamente nos cruzaremos con hombres y
mujeres... Esta vez irán de regreso a casa, quizás alguien les espe-
re; nosotros ya no tenemos prisa, inquieto cuerpo: estamos so-
los; quizás por eso, con más cosas que hacer: primero, una mu-
jer nueva; después, un mundo distinto; porque para nosotros no
existirá la muerte, en cualquier farola brillará una esperanza...

